

Rafael Lemus

Buscar, no, indagar

Claudia Guillén

En cuestiones de arte, y también en otros ámbitos, siempre ha existido una necesidad de agrupar a las personas para identificarlas. En México, y en particular en la literatura, desde hace algún tiempo las generaciones se componen a partir de la década de nacimiento de los escritores. Así, vemos que, más allá de una literatura femenina o masculina, norteña, sureña o del centro, la edad es lo que dicta la norma para agrupar estilos y formas. En ese sentido, la generación de los autores nacidos en la década de los años setenta se consolida cada vez más a través de las distintas voces que la integran. Cuenta con narradores bien probados, como Luis Felipe Lomelí, Antonio Ramos, Heriberto Yépez, o bien Antonio Ortuño, finalista del Premio Herralde de Novela, o la también finalista del mismo premio Guadalupe Sánchez Nettel. Asimismo, podemos encontrar plumas inteligentes y rigurosas como la de José Ramón Ruisánchez, Bernabé Esquinca, Julieta García, entre otros. La poesía de esta generación cuenta con un número importante de autores, como María Rivera, Hernán Bravo, Rocío Cerón, Luigi Amara. Por lo tanto, estamos hablando de una generación que se muestra bastante sólida.

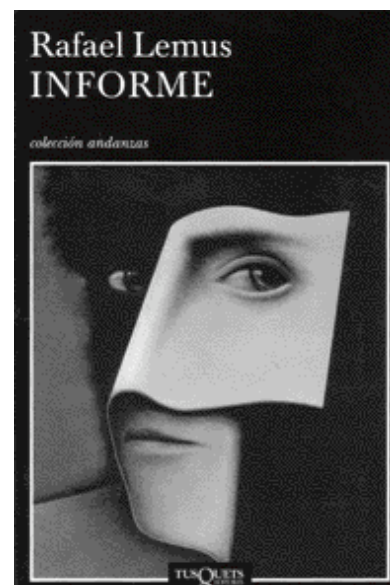
El análisis crítico de este mismo grupo generacional, por su parte, ha develado a un joven ensayista de nombre Rafael Lemus. Él ocupa espacios importantes en las publicaciones que atienden la crítica literaria, y ha fustigado —o denostado, según se vea— en muchas ocasiones a autores ya emblemáticos de generaciones anteriores —una suerte de parricidio que atrae las miradas de gran parte de la comunidad literaria. Pero Lemus ha dejado por un momento su mirada rebelde para entregarnos el libro de relatos *Informe*, editado por Tusquets.

En estos tiempos, cuando hay un vacío editorial para este género tan noble, siempre se agradece que aparezca un nuevo volumen de cuentos, y más cuando se trata del primero de un autor nacido en 1977. Son ocho los relatos que conforman *Informe*. En ellos adopta como títulos ya sea algún espacio físico, sustantivos, nombres propios o adjetivos que, además de no adelantar prácticamente nada de la historia, le permiten desplegar largas reflexiones sobre una vida —la del personaje en turno— que no siempre es afortunada, sino oscura, casi apocalíptica.

En “Efrén” —homenaje al escritor que Juan Rulfo reconoció como su mentor, como lo afirma el propio Lemus—, por ejemplo, nos narra la realidad trastocada del protagonista con un juego de palabras que construye un relato complejo, donde el lector es testigo de algunas experiencias trágicas cuyo teatro es una urbe que se desmorona. “Felicidad” trata sobre una historia de amor que se perfila palabra tras palabra con el mismo tono desilusionado del relato anterior; es decir, el narrador habla de la cotidianidad de una pareja que momento a momento se despoja de sus primeros sentimientos amorosos y entra de lleno en esos temas que aturden tanto a los matrimonios de hoy, donde la muerte, la soledad y la pérdida son una constante. Lemus desarrolla estas premisas siempre a través de la continua búsqueda de un ritmo peculiar, creativo, a veces disonante y monótono. En “Crítico”, a pesar de que en ocasiones recurre a imágenes que nos remiten al ámbito de lo onírico, el autor consigue trazar, con ironía ácida, el retrato transfigurado de quien ejerce la crítica literaria como oficio, para entregarnos una suerte de monstruo que heredará las taras a su asistente, y

a quien se encuentre cerca de él. Si uno conoce la trayectoria del autor, podría muy bien pensar que su intención fue realizar un “autorretrato” de quienes integran su gremio, tomando relox de cada uno de ellos.

“Escalera” encierra la idea de que todo lo que se debe escalar en la vida para evitar el tedio es tanto, que mientras se intenta alcanzar la cumbre se pierde la perspectiva de lo que se ha subido y de lo que falta por subir. Y si “Escalera” metafórica el ascenso y descenso de la vida, “Tren” simboliza el desplazamiento de la existencia a través de las estaciones del tiempo, siendo a la vez el destino final: una caja cerrada, oscura e impenetrable, como la de cualquier vagón. En “Moscas” —una minificción— aflora claramente la imagen del insecto que da nombre al relato, insecto que aparecerá a lo largo del libro y que le permite al narrador jugar con el movimiento perpetuo de este animal que mientras vuela sube y baja,



al igual que los seres humanos. Al leerlo, resuenan en nuestros oídos los nombres del lúdico Antonio Machado, o del trágico Sartre, aunque en Lemus este insecto volador adquiere personalidad propia. En “Nieve”, relato que detona a partir del tema de la muerte del padre, se advierte la necesidad del narrador de encontrar un lenguaje específico que permita al protagonista establecer un discurso delirante, sombrío, cargado de pesimismo, de pensamientos inconexos: el de un enfermo mental que no cede ante sus obsesiones, sino que al contrario se arraiga en ellas con raíces firmes y permanentes.

El relato más largo de *Informe* se llama “El mar”. En él Rafael Lemus lleva a su protagonista por un recorrido a través de un mar extraño que semeja la vida, internándolo en una serie interminable de reflexiones en torno a las posibilidades de la muerte y sus consecuencias. Es decir, el autor dibuja a un personaje que en su periplo hacia el mar tiene la posibilidad de encontrarse y confrontarse con diversas sensaciones que lo remiten a diferentes pensamientos: la mujer, el miedo, la muerte, la sabiduría del viejo, el exilio de su hogar, la escritura hasta que llega al punto deseado. En determinado momento, cuando el personaje alcanza su meta, el mar, el lenguaje del narrador convierte los pensamientos en sensaciones puras. Se trata quizá del texto más ambicioso del volumen, aunque creo que en ciertos pasajes Lemus se excede en los giros narrativos debido a su evidente necesidad de contar algo que no sucede.

Por las páginas de *Informe* deambulan seres jorobados, mujeres preñadas, brevísimas imágenes escatológicas, juegos de cromatismo, secuencias cargadas de reflexiones alrededor de un andar por la vida desilusionado y casi nunca combativo. Rafael Lemus emplea los espacios físicos y los elementos de la naturaleza como escena-



rios que sustentan su discurso. Utiliza la vida y la sabiduría de los viejos, el erotismo, el arraigo y el desarraigo, los insectos, la oscuridad luminosa y los infiernos personales o colectivos como elementos de contraste para poner en primer plano esa parte oscura de los hombres que es quizá su esencia más humana.

Sin embargo, encuentro que la narración, el discurso —en la mayoría de los casos en primera persona—, no fluye como debería. Es decir, Rafael Lemus se empeña en mostrarnos un juego verbal que se desgasta conforme transcurre la lectura y no vemos una historia en el relato, sino largas reflexiones en torno a temas que —hay que reconocerlo— a muchos nos preocupan. Entiendo que, como crítico literario, él mismo ha dicho que es necesario romper con ciertas tradiciones, pero los ejercicios que ahora nos entrega también se derivan de una tradición pretérita. Lemus parece olvidar en ocasiones que, si bien la forma es fundamental dentro de un texto narrativo, la trama posee el mismo nivel de importancia.

En este su primer libro de ficción, Rafael Lemus apuesta, se arriesga, evidencia su necesidad de búsqueda, ya sea en un afán

por descubrir nuevas perspectivas del mundo, nuevas formas de narrar o una manera de acercamiento a esa entelequia llamada “originalidad”. Esto, por supuesto, podría llegar a ser interesante en sus próximas entregas.

En el epílogo el autor nos aclara que ha imitado a autores como Juan Vicente Melo, Stephen Vincent Benét y Beckett, y que su intención era establecer unas “charlas”. Asimismo, nos comenta que no le importa que se diga que sus cuentos son los cuentos de un crítico literario. Más allá de lo que él pretenda o no, yo lo invitaría a que deje a un lado la reflexión para que encuentre historias que contarnos, conservando su estilo pero procurando que éste establezca un equilibrio con la trama. Sabe cómo hacerlo, aunque aún le falta encontrar esa voz individual que tanto importa para un escritor. Sus búsquedas continuarán, y con ello conseguirá la síntesis entre su propio estilo combinado con el de los grandes maestros que tanto admira. ■

Rafael Lemus, *Informe*, Tusquets Editores, México, 2008, 106 pp.

Rafael Lemus emplea los espacios físicos y los elementos de la naturaleza como escenarios que sustentan su discurso.